

## EL AÑO LITÚRGICO

### 1. Explicación y sentido

Cada año, al correr de los días, vamos evocando los acontecimientos salvíficos, y cada año tratamos de incorporarnos a ellos y de vivirlos con una nueva dimensión y con un sentido más profundo. Tales vivencias no cierran la puerta a nuevas reflexiones y a otras vivencias; al contrario, nos empujan hacia ellas, nos llevan al encuentro con los misterios que tienen que revelarse para nosotros.

Por eso esta evocación anual no significa, en modo alguno, repetición rutinaria y monótona de hechos que pertenecen al pasado y parecen haber perdido toda relación con nosotros, ni es comenzar de nuevo el círculo que se ha cerrado, sino actualizar acontecimientos en los que nosotros somos ahora de algún modo también protagonistas: es vivirlos en nuestro hoy y en nuestras circunstancias históricas. La Historia de la Salvación no está hecha ni está acabada, se hace cada día.

Por otra parte, tal evocación nos ofrece la posibilidad de abrir los horizontes de nuestra fe, de ahondar en el contenido de sus grandes temas, de descubrir las facetas que antes pasaron inadvertidas o las vertientes que nos ocultaba nuestra limitada perspectiva, de iluminar y enriquecer nuestra propia vida.

Existe una diferencia fundamental entre el tiempo natural y el tiempo bíblico y, por tanto, entre los acontecimientos que están limitados por uno u otro tiempo,

El *tiempo natural*, e igualmente el tiempo mítico, es como un círculo que se cierra sobre sí mismo: a la primavera sucede el verano, a éste, el otoño, y a éste, el invierno, para después comenzar el ciclo con el estallido de la naturaleza en la nueva primavera. Así sucede con el tiempo mítico:

el dios muere y resucita cada año en igual fecha, y cada año, con las mismas fiestas, los hombres celebraban esta muerte y esta resurrección. Los ciclos naturales atan y esclavizan al hombre,

El *tiempo bíblico*, por el contrario, es como una línea recta proyectada hacia el futuro, en el que el ayer se hace hoy, pero encuentra su explicación definitiva en el mañana. Así, por ejemplo, la Alianza es un acontecimiento histórico que ocurrió en el ayer, pero los judíos la renuevan en cada hoy, y esta renovación no agota su contenido y sus exigencias, sino que continúa siendo un desafío para las generaciones de mañana.

El *tiempo litúrgico* participa del sentido de futuro del tiempo bíblico, pero es como una espiral que, con cada vuelta anual alrededor de la Pascua, no retorna al mismo punto de arranque, sino que se va alzando a Dios indefinidamente hasta que el tiempo sea asumido por la eternidad.

El tiempo bíblico y el tiempo litúrgico liberan al hombre y lo sitúan en su verdadero puesto de señor de la naturaleza y en dirección hacia su objetivo final.

Según esto, la Escatología \* tiene una decisiva importancia en la dinámica de la fe y se convierte en eje de nuestra esperanza. Jesús advertía que para alcanzar el Reino de los cielos no hay que volver la cabeza atrás (Le 9,62). En la Sagrada Escritura encontramos un símbolo dramático de esta verdad: la mujer de Lot, quien al mirar atrás, hacia su inmediato ayer, no encontró ni ese ayer, que se estaba convirtiendo en pavesas, ni el mañana de su salvación: quedó convertida en estatua de sal (Gn 19,16).

A través del año litúrgico el creyente va descubriendo la dimensión más profunda de su encuentro vital con Dios por Cristo, porque por medio de él se le va haciendo presente, bajo la acción del Espíritu Santo, el proceso histórico de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, así como el anuncio de su retorno para que, vencidas definitivamente todas las fuerzas del mal y sometida a la creación entera a El, primogénito de todos los resucitados, se someta El al Padre y Dios sea todo en todos (1 Cor 15,28). No hay que olvidar, sin embargo, que todo esto acontece en el desarrollo histórico de la vida de la comunidad cristiana y, al mismo tiempo, en el crecimiento interior de sus miembros. Por eso en cada fiesta litúrgica convergen el pasado, como memorial, el presente, como vivencia, y el futuro, como *escatología*.

La reforma litúrgica del Concilio Vaticano II ha hecho que podamos comprender esto mucho mejor, ya que, al predominar el acontecimiento salvador sobre la memoria de los santos (Const. *Sacrosanctum Concilium* 108), nos es dado ahondar cada vez más en el contenido esencial de nuestra fe, ir descubriendo su ignota belleza y vivir cada día su ineludible exigencia.

Existe otra realidad que también nos ayudará a la comprensión del misterio cristiano, aunque por viejos prejuicios esto pudiera parecer extraño:

el paralelismo entre las fiestas fundamentales del judaísmo y nuestras propias fiestas. Estas, en muchos casos, han nacido de aquéllas y hunden sus raíces en la misma tierra de la antigua revelación (cfr. Me 14, 1-22; Hech 2,1 ss.).

Antes de presentar tal paralelismo conviene recordar que la Iglesia en el círculo del año desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la gozosa esperanza y venida del Señor (Sac. Conc. 102).

Tres hechos fundamentales configuran este misterio:

NAVIDAD: venida y aparición de Cristo entre nosotros;

PASCUA: muerte y resurrección;

PARUSÍA \*: retorno al final de los tiempos.

A cada hecho corresponde un tiempo de preparación, la conmemoración y su proyección posterior;

- *Navidad*: Adviento (preparación), Nacimiento de Cristo (conmemoración), Manifestación o Epifanía (proyección),
- *Pascua*: Cuaresma (preparación), Misterio Pascual (conmemoración), Tiempo Pascual que termina con Pentecostés (proyección).
- *La Parusía*: El tiempo que vive ahora la Humanidad (preparación), la segunda venida de Cristo (realización), el establecimiento definitivo del Reino de Dios (proyección).

Es, sin embargo, muy importante, para la comprensión y vivencia plena de nuestra fe, no separar radicalmente estos hechos en nuestra vida, aunque estén separados por el tiempo en su conmemoración. Las coordenadas de los tres hechos se entremezclan en nuestra existencia y en nuestro peregrinar. Cada hoy, y también cada Eucaristía que celebramos, es al mismo tiempo presencia de Cristo (Navidad), salvación (Pascua) y espera atenta de la manifestación definitiva de Dios (Parusía).